



LOS DÍAS
POR VENIR

ÁNGEL MIGUEL
BERMÚDEZ HERNÁNDEZ

A todos los seres que han sufrido y sufren por las acciones de otros.

A todas las personas que me inspiran cada día, a escribir y a vivir.

Capítulo 1

Todo lo que estaba descubriendo le resultaba increíble, un hecho casual lo había guiado por un camino de autoconocimiento y de conexión con sus raíces, que le proporcionaba la posibilidad de descubrir secretos insospechados de su familia. En este proceso muchas cosas habían cambiado, sobretodo la aparición de una pasión inesperada.

Parecía que el Universo había estado conspirando para reunirlos, tras años de relaciones infructuosas y desengaños, la vida daba una nueva oportunidad al amor, otra vez más, quizás esta vez fuera el momento adecuado para ambos, ahora tenía que aprovechar la ocasión que le brindaba la providencia.

El primer encuentro con Adela le pareció frío, casi ni le miró a la cara, fue una entrevista impersonal, en la que ella se mostró muy reservada y desconfiada. Por fortuna, su madre mantuvo todo el tiempo una actitud muy amable y colaboradora. Sin embargo, él se había quedado prendado de Adela, tanto que no estuvo muy acertado durante la conversación, pero sí lo suficientemente despierto como para concertar una nueva cita y así tener la oportunidad de volverla a ver.

Todo había empezado un año antes, Benito se encontraba disfrutando de sus vacaciones veraniegas, tras su primer curso con destino definitivo en un instituto de la

costa malagueña, por fin había obtenido su plaza como profesor de Geografía e Historia, después de varios años recorriendo toda Andalucía como profesor interino.

Durante los primeros días de julio la madre de Benito resbaló y se rompió varios huesos de la muñeca de la mano derecha. Además, justo cuando volvían los tres del hospital, su padre sufrió un ataque de ciática que le obligó a permanecer en reposo durante una semana. Al estar los dos enfermos, tuvo que pasar unos días en su casa para ayudarles y vigilar que su madre no hiciera más cosas de la cuenta, dificultando así su recuperación y, por otro lado, que su padre no la abrumara en exceso con sus quejas por los dolores y su movilidad limitada.

Fue durante uno de esos días, en un momento de descanso, mientras estaba buscando algunos de los libros preferidos de su adolescencia, cuando encontró una caja de cerillas antigua, en cuyo interior descubrió un proyectil que le pareció enorme, comparado con las balas de los fusiles actuales, la que tenía entre las manos era el doble de pesada y poseía un tamaño bastante mayor que el de las municiones habituales en los ejércitos modernos (5,56mm). Por otro lado, su aspecto era claramente antiguo, sin duda, era un proyectil de principios del siglo XX, es decir, con unos cien años de antigüedad aproximadamente.

Después de la comida con sus padres, mientras los tres disfrutaban apaciblemente de la sobremesa, Benito sacó la caja de cerillas y la puso sobre el mantel.

- ¿Qué es eso? Parece sucio y viejo, quítalo de la mesa por favor – dijo Elena, su madre.
- Un momento, deja que lo vea, me recuerda algo – dijo Horacio, el padre de Benito, que cogió la caja y la abrió, enseguida apareció una sonrisa melancólica en su rostro.

- Papá, parece que no te sorprende lo que he encontrado, no te hagas de rogar y cuéntanos lo que sepas de ese casquillo de bala.
- Claro hijo, a mí también me llamó mucho la atención cuando lo vi por primera vez, hace unos setenta años. Pero lo recuerdo como si fuera ayer, tendría ocho o diez años, mientras buscaba algunas cosas que llevarme para ir al monte a cuidar las cabras, encontré, en una caja distinta a la que ahora ves, este proyectil. Cuando intenté preguntar sobre él nadie supo responderme hasta que, entrada la noche, llegó mi padre - tu abuelo Luis - sin darle tiempo a sentarse me acerqué a él y le pregunté por la bala. Su respuesta fue cortante: *“deberías estar preparándote para mañana, sabes que de madrugada sales con las cabras de don Julián y estarás varias semanas fuera. Esa bala no te servirá de nada allí, ni aquí tampoco”*. Creo que mi cara expresó tal desilusión y tristeza que, por una vez, el corazón de mi padre se ablandó por un momento, brevemente contestó: *“Eso es el recuerdo de una ilusión rota, con ella me hirieron en la guerra de África y mi vuelta trajo la desdicha sobre mi vida. Ahora dame ese proyectil y acuéstate, cuando seas mayor comprenderás algunas cosas”* No me dijo nada más, pasaron los años y me olvidé de la bala, hasta que unas semanas después de la muerte del abuelo, ordenando sus cosas, la encontramos y me la traje a casa, la guardé en la caja que ahora ves y no había vuelto a acordarme de ella ni a pensar en esa historia hasta hoy. A lo largo de mi vida me he ido enterando de algunos aspectos destacables de la vida de mi padre y de mi abuelo que me han ayudado a comprender el valor simbólico que para mi padre tenía esa bala, pero todo eso ya es historia pasada y a nadie le interesa.

- Claro que es interesante, es mi familia, además, precisamente la historia es algo que siempre me ha apasionado, la de la humanidad y la de mi gente. Así que, por favor, cuéntame todo lo que sepas de nuestra familia, ¿en cuál de los episodios de la guerra de África se vio envuelto el abuelo?
- Espera un momento, voy al baño. Mientras, ¿podrías hacer más café, hijo? porque esta historia, es larga, muy larga, aunque yo sólo sé una parte, pero te contaré lo que sepa – Horacio se levantó con cierta dificultad, abandonando el salón con paso lento y el inconfundible sonido de sus zapatillas al arrastrarlas por el suelo.

Sin embargo, Benito no tuvo tiempo de especular con la posible historia de su abuelo, pues su madre aprovechó ese momento a solas para interrogarlo sobre todos los detalles de su vida laboral, cómo había sido el curso en su nuevo centro, sus nuevos compañeros y especialmente sobre su reciente matrimonio, quería detalles sobre la convivencia con Jenny, con la que, tras poco más de un año de relaciones, se había casado hacía algo más de tres meses. Benito contestaba sinceramente a las preguntas de su madre, aunque tratando de eludir en todo momento las más íntimas, no quería preocuparla innecesariamente. En realidad, ni él mismo sabía muy bien qué le pasaba, por qué no se sentía feliz, como se supone debería estarlo un recién casado.

Respecto a su trabajo hablaba con todo lujo de detalles, ya que era un tema que le apasionaba. Sin embargo, Elena insistía más en su vida de casado, pues intuía que algo no iba bien. Su madre habría seguido interrogándolo durante horas, pero se calló discretamente al aparecer su padre.

Cuando Horacio volvió, se acomodó lo mejor que pudo en el nuevo sofá verde claro, a juego con las cortinas y con el color amarillo limón de las paredes, habían

renovado el comedor hacía poco y se notaba su aire moderno y confortable, con los detalles decorativos que Elena había escogido y la hacían disfrutar, en cambio Horacio apreciaba poco la decoración, pero sí su cómodo sillón y su enorme televisor, dos cosas imprescindibles para él. A Horacio le gustaba el café muy caliente, así que se lo tomó rápidamente, en dos sorbos. Miró en derredor suyo admirando el orden, la limpieza y las comodidades de su casa, no siempre había sido así y le gustaba disfrutar de esos pequeños placeres ahora que los tenía. Luego, todavía en silencio, saboreando el café que había tomado, observó a Benito, seguidamente entornó los ojos y su vista pareció perderse en el infinito. Con su característica voz grave y profunda, comenzó a contar la parte de la historia familiar que él conocía.

“Creo que primero tengo que ponerte en antecedentes, las cosas se enlazan unas con otras y al final todo está relacionado, para entender nuestra historia hay que saber lo que hay detrás. El abuelo Luis era alguien muy peculiar, una persona difícil, enrevesada, la convivencia con él no era fácil. Con los años descubrí algunos detalles de sus inicios que explicaban, en parte, su carácter. Para comprenderlo bien tenemos que empezar por el principio, mucho antes de nacer mi padre, así que comenzaré contándote algo sobre mi bisabuelo, es decir, tu tatarabuelo Bonifacio.

No conservamos ninguna foto suya, aunque siendo muy joven vi algunas fotos en casa de mi abuelo, pero por lo demás es un perfecto desconocido para mí. Bonifacio había nacido en el interior de Almería, en un pequeño pueblo llamado Serón, por aquellos tiempos de pobreza en toda Andalucía, y en casi toda España, allí no estaban tan mal, vivían fundamentalmente de las minas de plomo y de hierro. Mi bisabuelo trabajó desde niño en esas minas, empezó por las tareas más sencillas y pasó por muchos de los oficios que allí había. Su enorme inteligencia natural sumada a su gran ambición, le permitió con mucho esfuerzo y grandes dificultades, llegar a ser el

encargado de una de las principales minas de la zona, lo que le proporcionó un cierto nivel económico, sin llegar a ser rico, también le permitió ejercer su poder sobre la vida y condiciones laborales de sus empleados y convecinos. Por lo visto, era de carácter rígido, casi dictatorial, convencido de la importancia de la ciencia y la razón, ese principio lo aplicaba a rajatabla a todos los aspectos de la vida, incluso para poner nombre a sus hijos seguía una norma clara y “lógica”, el orden alfabético de la primera letra, así que sus seis hijos se llamaron Anselmo, Blanca, Carlos, Dionisio, Eulalia y Francisca. Una costumbre que ha permanecido en la familia y que todavía conservamos, por eso tu hermana se llama Ana y tú Benito.”

- Vaya, yo que pensaba que os gustaba mi nombre por alguna razón incomprensible para mí.
- De los nombres que empezaban con la letra B era el que más me gustaba, además era el nombre de mi tío favorito – respondió la madre de Benito.
- También es el nombre del escritor Benito Pérez Galdós, qué como bien sabes, es uno de nuestros autores preferidos y por quien sentimos una gran admiración tu madre y yo. Pero sigamos con la historia de tu bisabuelo.

“Gracias a las influencias de los dueños de las minas en las que trabajaba Bonifacio, su hijo Dionisio se libró de partir a la terrible guerra de Cuba. Tú sabes mucho de historia, hijo, pero deja que te recuerde que la primera guerra de independencia cubana que duró desde 1868 hasta 1878, causó más de 80.000 muertos e innumerables heridos en las tropas reales españolas, además, a todo ese sufrimiento había que sumar un gran número de fallecidos por las terribles enfermedades tropicales. En aquella época era un destino terrible, casi como una condena al infierno. Sin

embargo Dionisio tuvo que cumplir su deber con la patria, sirviendo en otro lugar delicado, aunque en esos momentos mucho más tranquilo: África.

Alrededor de 1870, mi abuelo Dionisio regresó del largo y duro servicio militar, habían pasado diez años de la guerra de África y su estancia en ese continente no supuso un gran peligro, aunque la tensión era evidente y había pequeñas escaramuzas, todo estaba, aparentemente, bajo control. En su servicio militar aprendió a valorar el trabajo bien hecho, que en los destinos africanos brillaba por su ausencia, también adquirió una visión nueva de lo que en su tierra llamaban el “sino” y en el norte de África conocían como “maktub” (estaba escrito), el destino nos marca y condiciona nuestras vidas.

Cuando volvió a Serón sintió como su destino allí le suponía una vida limitada, sin muchas expectativas de progresar, creyó que debía buscar nuevas oportunidades. Aunque su padre le apoyaba, siendo un hombre práctico y racional, era evidente para él que no debía dividir su herencia, que pasaría a ser, casi en su totalidad, para Anselmo, el hijo mayor, los demás tendrían que buscarse la vida, como había hecho él. Blanca ya estaba felizmente casada con un buen partido, Carlos falleció de tifus con quince años, Eulalia estaba comprometida con un chico de una acomodada familia de indianos y la más pequeña, Francisca, debería cuidar de sus padres cuando fueran mayores, sólo un pretendiente muy bien situado la eximiría de esta obligación. Quedaba Dionisio, que tenía muy claro que necesitaba un cambio para abrir nuevos horizontes en su vida, nuevas esperanzas. Mi abuelo tenía un carácter inquieto e innovador y no dudó en marcharse para labrarse un futuro mejor, en un sitio donde poder prosperar lejos de la pesada sombra de su padre.

El destino que eligió no estaba excesivamente distante, aunque suponía varios días de viaje por peligrosos caminos. En esos tiempos los vinos de Málaga tenían un

gran prestigio y se dedicaban mayoritariamente a la exportación a Inglaterra, incluso llegaron a la corte de Catalina la grande de Rusia, entre otros lejanos lugares. También eran muy apreciadas las pasas malagueñas. Así que se encaminó hacia la provincia de Málaga. El paso lento de su cabalgadura le permitía apreciar el paisaje y preparar mentalmente sus primeros pasos en su nueva vida. Después de pasar por Zafarraya, observó un paraje montañoso con una amplia zona llana al final, un poco más allá se divisaba el azul del mar. Mientras descendía lentamente por los empinados caminos que llevaban a Vélez-Málaga, comenzó a fijarse en los viñedos y olivares que cubrían una extensa zona de los montes que estaban a la vista. Al llegar a esa ciudad le encantó su situación estratégica en el centro de una amplia y fértil vega, punto intermedio entre Granada y Málaga, tenía un importante desarrollo económico, aunque menor que otras zonas de Málaga, aun así no dejaba de ser un sitio atractivo en el que podría encontrar numerosas oportunidades para prosperar.

Dionisio también tenía muy presente la exitosa trayectoria de Don Manuel Agustín Heredia, que procedente de Torrecilla de Cameros (La Rioja), había iniciado su actividad mercantil precisamente en Vélez-Málaga, donde hacia 1801 se estableció como simple dependiente de una empresa dedicada a comercializar productos autóctonos y llegó a ser uno de los hombres más poderosos de toda la región. Animado por este ejemplo, Dionisio se alojó en una de las primeras fondas que encontró en el camino que le traía de Granada. La fonda estaba situada en las afueras, cerca de un convento de monjas carmelitas descalzas.

Todo parecía ir según sus planes, empezó a relacionarse con comerciantes y pequeños propietarios, se granjeó su confianza y comenzó a organizar una pequeña estructura para la exportación de vinos y pasas malagueñas a Inglaterra, gracias a

algunos contactos de su padre y de los dueños de las minas donde éste trabajaba, lo que le permitió asegurarse un importante número de compradores para los productos del terreno. Lo más difícil fue conseguir que los agricultores y bodegueros confiaran en él para vender sus productos. Sin embargo él no desistió en su empeño, aunque al principio sólo lo hicieron algunos propietarios y apenas ganaba para sobrevivir, después de un año consiguió obtener los primeros beneficios.

A los tres años ya tenía importantes ganancias que le permitía llevar una vida holgada, aunque él prefería vivir con lo mínimo y ahorrar todo lo posible para seguir invirtiendo y ganar más, mucho más. Después de cinco años de esfuerzos y sacrificios, consiguió acumular un importante capital que invirtió en algunos terrenos a pocos kilómetros del núcleo de población Vélez-Málaga, eran zonas escarpadas, pero con buena orientación, ideales, según le habían dicho, para el cultivo de la vid.

Era un paso más en su gran sueño, poseer grandes extensiones de tierra, vender él mismo los productos de sus propiedades, cada vez conseguir más terrenos, más ingresos, para posteriormente invertir en otros negocios como la industria textil y siderúrgica, imitando a las familias Larios y Heredia.

Dionisio había adquirido una importante cantidad de pequeñas propiedades dedicadas al cultivo de la vid. A sus 30 años tenía unos ingresos anuales bastante elevados y poseía numerosos viñedos. Ahora, por fin, estaba empezando a recoger los frutos de su esfuerzo y a relacionarse con personajes influyentes. Los primeros pasos de su sueño se estaban haciendo realidad.

Justo en ese momento, una sombra de preocupación comenzó a extenderse por toda Málaga, especialmente por su zona oriental. La ruina llegó a toda la comarca en

forma de plaga de insecto hemíptero que se extendió rápidamente por los viñedos. La filoxera atacaba inexorablemente a las vides, en el primer año no se observaban daños externos, pero en el segundo año las hojas nuevas amarilleaban y el crecimiento de la cepa se ralentizaba, en el tercer año los daños eran fatales: las hojas se secaban, los brotes a penas se desarrollaban, los frutos no maduraban, las vides se volvían débiles y se convertían en objetivo fácil para otras plagas; si la cepa conseguía sobrevivir, al cuarto año moría sin remedio. La filoxera supuso la ruina para la agricultura malagueña, especialmente en la comarca oriental, la Axarquía. Entre los damnificados se encontraba mi abuelo Dionisio.

Con la mayor parte de su efectivo invertido en tierras, no disponía del montante suficiente para hacer frente a los pagos. Las vides no dieron los frutos necesarios para recuperar su inversión y las deudas le obligaron a malvender sus terrenos, quedándose así en una situación muy comprometida.

Al borde de la ruina, se le presentó una oportunidad de recuperarse económicamente, a cambio, debía hacer un importante sacrificio personal. Su vida, hasta ese momento, había estado centrada en el trabajo y en conseguir riquezas, ocasionalmente se había planteado el matrimonio, pero tan solo como una oportunidad para aumentar su patrimonio y mejorar su posición social. Sin embargo, ahora que estaba al borde de la ruina no podía elegir. Los dueños de la fonda donde se alojaba desde que llegó a Vélez-Málaga tenían una hija, descendiente única y, por tanto, su heredera, era joven y gozaba de buena salud, aunque el término “poco agraciada” era un eufemismo exageradamente bondadoso.”

Mientras Horacio terminaba de pronunciar las últimas palabras se escuchó el estridente sonido de un teléfono móvil, Benito lo cogió rápidamente, al ver el origen de

la llamada, su expresión, hasta ese momento relajada y atenta, se volvió tensa y crispada.

- Perdona papá, Jenny está al teléfono, parece que es urgente, me tengo que ir. Volveré para preparar la cena. Mamá, recuerda lo que te ha dicho el médico, no limpies ni te esfuerces más de la cuenta, necesitas reposo para recuperarte. Papá, tenemos que buscar otro rato para seguir hablando, me tienes que seguir contando la historia del bisabuelo y del abuelo. Hasta pronto.

Con un beso a cada uno, se despidió de los dos, saliendo con gesto de hastío en dirección a su casa. Otra vez, había dejado de hacer algo que le apetecía por atender una “urgencia” de su mujer.

Capítulo 2

Adela estaba disfrutando de la estancia con su madre en Málaga, era su tierra, le encantaba Granada, donde vivía, pero siempre que volvía a Málaga se sentía en casa, el hogar de su niñez y su primera juventud. Además se sentía feliz porque el trabajo estaba dando sus frutos, había obtenido una información muy interesante para su tesis doctoral. En lo personal, agradecía poder estar con su madre, con la que se llevaba muy bien, además empezaba a darse cuenta que estando lejos de Antonio, su marido, se sentía más relajada y confiada, más segura de sí misma.

Tras obtener la licenciatura en sociología por la universidad de Granada, Adela se casó con Antonio tras cuatro años de noviazgo. Su relación había sufrido grandes altibajos, la pasión que los unía hacía que las reconciliaciones fueran un aliciente importante en su unión. Habían estado a punto de romper en varias ocasiones, principalmente por los celos de Antonio. La última vez, estuvieron varios días sin hablarse, fue la intervención de una amiga común la que consiguió resolver el enfrentamiento entre ambos. Finalmente, la situación mejoró y volvieron con una intensidad mayor que antes.

Antonio se mostraba totalmente entregado a ella, pendiente del menor de sus deseos, una actitud que mostraba a Adela que el cambio había sido auténtico.

Sin embargo, cuando se casaron la actitud de él empezó a ser distinta. Al principio imperceptiblemente, casi sin darse cuenta, luego más bruscamente, de forma que, a los pocos meses de casada, todo había cambiado de forma radical. El trato que ella recibía ahora era muy distinto al que Antonio le había dado tan solo unos meses antes. Empezó por no tener en consideración sus opiniones, con frases lapidarias la ridiculizaba con cualquier pretexto, ponía continuamente impedimentos para que viera a sus amigas y amigos, eso sí, siempre lo hacía de forma sutil para que pareciera que era una dificultad del momento, algo contrario a su voluntad. Por una parte la animaba a quedar con sus amistades, pero al tiempo le planteaba y le hacía ver como necesarias otras actividades que limitaban o dificultaban acudir a la cita con sus amigos, se ponía malo, surgían “imprevistos”, siempre había alguna complicación, de forma que, poco a poco, Adela se fue distanciando de todas las personas importantes en su vida, sencillamente dejó de tener contacto con ellas, dejó de sentir su apoyo y su cariño. De forma que, al final, sólo le quedaba Antonio, bueno, también podía contar con su madre, pero no era lo mismo.

Antonio la minusvaloraba constantemente, le restregaba hasta la saciedad el hecho de que ella no trabajase ni estudiase, le recordaba que él era el sostén económico del matrimonio y ella “ni siquiera sabía llevar una casa en condiciones”. Cuando Adela decidió realizar los cursos de doctorado, para salir de un mundo cada vez más cerrado y asfixiante, Antonio no paraba de hacer comentarios sobre la inutilidad de sus estudios, que asociaba directamente con su propia ineptitud.

Aunque no se sentía feliz, Adela seguía enamorada de él, lo excusaba siempre: “lo dice sin sentir”, “si su familia no lo hubiera mimado tanto no sería así”, “en el fondo lo dice porque me quiere y desea lo mejor para mí”, etc.

Cuando él atacaba sus estudios ella intentaba defender la importancia de la sociología, aunque comprendía que no era algo tan práctico como los estudios de ingeniero agrícola que él había cursado de forma tan brillante.

Poco a poco la situación iba empeorando, el siguiente paso en la escalada de vejaciones supuso un importante salto cualitativo, ya que afectaba a Adela en un tema especialmente delicado para ella, ese doloroso momento llegó cuando intentaron tener un hijo y no lograba quedarse embarazada. Toda la responsabilidad, todas las culpas, iban dirigidas hacia ella, que cada vez se sentía más inútil, peor persona e incapaz de realizar algo medianamente bien.

Adela estaba al borde de la depresión, cuando una de las ponentes de su curso de doctorado, profesora titular en la universidad de Jaén, le propuso realizar una tesis doctoral dirigida por ella, como las dos eran malagueñas, le propuso un estudio sobre “Machismo y violencia machista en la sociedad malagueña del siglo XX”. Adela no se veía capacitada para realizar una tesis doctoral de calidad, pero la doctora Rodríguez insistió y ella no supo negarse, además el tema de la tesis la atraía mucho.

La tesis supuso un nuevo motivo para los continuos enfrentamientos con Antonio, pero también le dio otra visión del mundo y de ella misma. Fue de gran ayuda tener que estar algunos periodos lejos de él, ya fuera en Jaén o en Málaga; estas separaciones le daban una paz y una tranquilidad que ya había olvidado. Trabajando se daba cuenta que era más capaz de lo que creía. Sin embargo, esa mejoría en su estado de ánimo y en su confianza se desmoronaba con una sola llamada de él, unas pocas frases de Antonio la volvían a hundir en la inseguridad y la inquietud.

Después de la primera estancia lejos del hogar conyugal, Antonio empezó a controlarle los gastos y las llamadas, casi siempre le hablaba en un tono desagradable.

Los gritos se convirtieron en algo habitual cuando estaban juntos, la amenazaba frecuentemente con dejarla o con cualquier otra cosa que viera que podía afectarla. Aprovechaba cualquier ocasión para ridiculizarla en público y en privado, la trataba con desprecio, con una superioridad insultante.

Ella era consciente de que su matrimonio iba mal, pero desde muy pequeña le habían inculcado algunas ideas que la condicionaban: no había que rendirse a las primeras de cambio, el matrimonio es para toda la vida, hay que tener capacidad de aguante, de sufrimiento... Así que aguantaba y aguantaba, sufría y sufría. Esperaba que las cosas cambiaran con el tiempo, que cuando consiguiera quedarse embarazada todo fuese distinto, un hijo lo cambia todo. Además, él era tan apuesto, tan atractivo, con su porte de conquistador, alto, moreno de ojos verdes, inteligente, seguro de sí mismo, decidido, algún defecto tenía que tener; que no fuera muy amable o que tuviera poca paciencia con ella tampoco era algo tan grave, ella era fuerte y podía adaptarse, podía cambiarlo, sólo era cuestión de tiempo, simplemente estaba un poco consentido por ser el más pequeño y único varón en su familia, ya lo arreglaría ella. Estas eran las ideas que tenía profundamente arraigadas en su mente, aunque no era totalmente consciente de ello.

En uno de los escasos momentos de descanso en su actividad investigadora, Adela aprovechó para hablar con su madre mientras tomaban una infusión en el salón de su casa. Estaban comentando diversos aspectos de su trabajo, cuando su madre de repente cayó en la cuenta que tenía algo importante que decirle a su hija, antes de que su frágil memoria se debilitara todavía más.

- Perdona un momento hija, pero acabo de acordarme de algo que puede resultarte interesante y como no te lo diga ahora se me olvidará otra vez,

cada día mi memoria es más limitada, me acuerdo perfectamente de mi infancia y de mi juventud o de cuando eras pequeña, pero lo que hice esta mañana me cuesta mucho más recordarlo. Ya me estoy yendo por las ramas otra vez, mira tengo algo, unas cartas de tu abuela, no sé si son exactamente de la época que estás estudiando, pero más o menos, bueno, yo no entiendo mucho, el caso es que creo que te pueden ayudar, total, aquí no sirven para nada más que ocupar sitio y estropearse. Espera voy a por ellas.

Sin darle tiempo a decir nada Adelita, su madre, se dirigió hacia su dormitorio y en unos minutos volvió con una caja de zapatos llena de cartas. Cuando Adela las vio no supo que cara poner, intentó disimular, mientras pensaba que ya tenía suficiente trabajo como para perder el tiempo con viejos papeles de la familia. Agradeció a su madre el gesto y las puso a un lado, aunque en su interior le daba vueltas a la idea de cómo deshacerse de ellas discretamente.

Esa misma noche, después de una llamada de su marido que la dejó llorando, hundida y desconsolada una vez más, miró la vieja caja y pensó que en esos momentos necesitaba a alguien que la apoyara, que la abrazara, no un montón de papeles viejos. Se quedó dando vueltas en la cama, desolada, llorando, sin poder dormir. Horas después volvió a mirar la caja, era lo único que tenía a mano para distraerse, así que cuando ya no le quedaban lágrimas y llevaba mucho tiempo desvelada, las cogió y empezó a curiosear, el tipo de papel, la tinta, los sellos, los diseños de los sobres, ... La antigüedad de todo empezó a despertar en ella cierto interés, por fin se animó y abrió al azar una de las cartas.

En la ciudad de Vélez-Málaga, a 20 de octubre de 1.943

Querida Adela,

Espero que al recibo de la presente te encuentres bien, yo intento sobrevivir lo mejor posible dadas las circunstancias.

Como bien sabes me preocupo por todo lo tuyo, de tu bienestar personal y el de tus hijos, pero entre ellos el primogénito es diferente, mi vinculación con él es especial, tú conoces mejor que nadie los motivos.

Ya que tu marido, con muchos más recursos que yo, no cuida suficientemente de tus hijos, yo haré todo lo posible por ayudarte, pero actualmente mi disponibilidad económica es limitada. En breve espero que la fortuna me sonría y pueda enviarte una cantidad lo suficientemente importante como para que no tengas problemas con el tratamiento del niño, si el dinero alcanza, también podrás emplearlo en paliar los problemas de salud de las niñas o en lo que estimes oportuno, sabes que confío plenamente en tu criterio.

Sólo te ruego que aceptes recibir mi contribución en persona, hace tiempo que no disfruto de tu presencia y mi alma se marchita con tu ausencia, aunque sea un breve encuentro, necesito verte para mantener elevado mi ánimo y seguir luchando por nosotros.

Sé que puede ser comprometido para tu honra, pero hay múltiples formas de idear un encuentro discreto, lejos de cualquier sospecha. Por favor, dime que sí y lo organizaré todo para que tu honor quede a salvo y mi corazón vea satisfecho su ansia de verte.

Quedo esperando tu pronta respuesta, siempre tuyo

Luis

Leyó unas cuantas cartas más que desvelaban que su abuela había tenido una relación fuera de las convenciones sociales de la época, no tenía claro si la relación se había iniciado antes de su matrimonio o mientras estaba casada, en cualquier caso habían continuado durante un periodo bastante extenso, al menos epistolarmente. Las cartas estaban desordenadas, pero parecían abarcar un periodo de unos veinte años, desde 1925 hasta 1947. Abarcaban temas muy personales, pero también dejaban traslucir la mentalidad de la época, las relaciones sociales y los convencionalismos existentes, muchos de ellos heredados del siglo pasado, el machismo de la sociedad lo impregnaba todo, precisamente el tema que ella estaba investigando. De este modo, se propuso dedicar un poco de su tiempo a la historia de su abuela, por curiosidad personal y como complemento a sus investigaciones.

Llegó el momento de volver a Granada con su marido, se iba satisfecha con su trabajo en los archivos municipales de Málaga y Vélez-Málaga, además, de propina se llevaba las cartas de su abuela. Volvía muy animada a su casa, aunque con cierto temor por lo que pudiera encontrarse, Antonio no era muy cuidadoso, ni estaba muy contento por su partida.

Cuando llegó encontró todo desordenado y muy sucio, se puso enseguida a recoger y limpiar hasta terminar agotada, después de tres horas de trabajar sin parar, consiguió dejar todo mínimamente ordenado y limpio. Exhausta, se echó un rato en el sofá para descansar viendo algo en la tele que la distrajera. En ese momento llegó Antonio.

- La casa hecha unos zorros, yo abandonado, tú por ahí de juerga y cuando vuelves lo único que se te ocurre es tumbarte a ver la tele ¿no te da vergüenza? ¿qué clase de mujer eres? – empezó con la voz alterada, pero con un volumen normal que poco a poco fue subiéndolo hasta terminar a gritos.
- Yo he arreglado la casa y no vengo de estar de juerga, en realidad
- No me cuentes mentiras, me abandonas, no cumples tus obligaciones conyugales, eres vaga, ni siquiera sirves para engendrar un hijo – sin dar tiempo a una respuesta, se fue de casa dando un portazo.

La sensación de humillación, impotencia y rabia era tremenda, pero lo peor era que las palabras de Antonio se habían quedado grabadas en su interior, menoscabando su autoestima. Especialmente dolorosos eran los comentarios sobre su incapacidad para tener hijos, pues era algo que ella deseaba con toda su alma. Era un arma que Antonio solía usar con frecuencia, llamándola “Yerma” y lanzando indirectas sobre su esterilidad cada vez que podía.

Cuando Antonio volvió estaba a punto de amanecer, su aliento apestaba a alcohol, se tumbó a su lado y cuando parecía que se iba a dormir, se dio la vuelta y empezó a manosearla, con torpeza y cierta brusquedad, mientras luchaba por quitarle la ropa.

- Ya que no cumples con tus tareas conyugales, al menos alguna tendrás que hacer, aunque sea regular. Despierta de una vez y dame alguna pequeña alegría.

Las quejas y negativas iniciales de ella no sirvieron para detenerlo, al contrario, lo excitaron más y le hicieron continuar hasta que cayó exhausto al lado de Adela, quien no pudo evitar que el asco y la humillación le hicieran brotar unas amargas lágrimas,

mientras se sentía alguien infinitamente pequeña, despreciable, sucia y sin valor, igual que su vida. El dolor que experimentaba era tan grande que no sabía qué hacer, la cabeza le iba a estallar, en su pecho sentía un agudo e intenso pesar. Se levantó para tomar algo que la hiciese sentir mejor, deseó desmayarse, perder el conocimiento, para no sufrir tanto, pero eso no ocurrió. Aguantó el dolor lo mejor que pudo, se bebió una infusión y volvió a ocuparse de las tareas domésticas.

Así la encontró Antonio cuando se levantó.

- ¡Vaya, que sorpresa!, ¡trabajando!, aunque creo que anoche hiciste alguna otra cosa de cierta utilidad – dijo con sonrisa burlona.

Esa sonrisa aumentó su humillación y su pena, algo en su interior se rompió, dejó de verlo como lo había hecho hasta entonces. Antonio dejó de ser el amor de su vida, no era quien ella pensaba, alguien con algunos defectos, un niño malcriado, pero que la quería a su manera.

A pesar de todo, ella todavía lo quería, pero se había dado cuenta que él no la amaba, no la había querido nunca, no se puede tratar así a quien se ama de verdad. Sin tener muy claro que iba a hacer, advirtió que debía cambiar muchas cosas, no podía seguir así. Ella se merecía una vida mejor.